



www.loqueleo.com/es

© 1991, Elsa Bornemann
© Guillermo, Schavelzon & Asoc., Agencia literaria
© De esta edición:
2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)
Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-197-5
Depósito legal: M-43.367-2016
Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: febrero de 2020

Directora de la colección:
Maite Malagón
Editora ejecutiva:
Yolanda Caja
Dirección de arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queridos monstruos

**(10 cuentos para ponerte
los pelos de punta)**

Elsa Bornemann

Ilustración de cubierta de David Aja

loqueleg

Nota de la editora

Algunas palabras y frases del libro que vas a leer han sido modificadas —con el consentimiento de la autora— respecto a la versión editada originalmente, para mejor comprensión de los lectores españoles.

A Harlem

*—pequeña amiga que anda por mis sueños—
con la esperanza del encuentro
en los días que vendrán.*

Prólogo

Los espectros no estamos a salvo del aburrimiento y cada cual emplea su método para combatirlo, igual que los seres vivos.

7

El mío —por ejemplo— es mirar algún programa de televisión. Para ello, suelo atravesar las paredes de una casa próxima al teatro en donde estoy instalado. Entonces, veo lo que la familia que reside allí haya seleccionado como entretenimiento.

Ni cuenta que se dan de mi presencia ya que permanezco invisible a voluntad, como es obvio.

Elegí esa casa porque sus habitantes disfrutaban de esta era de comunicación intersatelital —antena parabólica incluida— y así les resulta posible sintonizar transmisiones de todo el mundo. Por

eso, pude ser un espectador más de aquel programa lanzado al aire desde la República Argentina.

¡Qué conmoción interior se me produjo cuando —de repente— se proyectó la imagen en colores de esa rubia, invitada a un ciclo periodístico!

8 *Era ella, sin dudas. La reconocí —de inmediato— a pesar de los años transcurridos desde las lejanas oportunidades en que había estado conmigo. Una nena entonces. Una mujer ahora. Una escritora —«de notable éxito», anunciaban— que sonreía a las cámaras mientras era sometida a un reportaje en torno a su literatura de terror... y declaraba que Frankenstein había sido su monstruo favorito durante la infancia... Para colmo, comentaba —con lujo de detalles— la amorosa anécdota de sus primeros encuentros y pregonaba que él mismo le había escrito el prólogo de ¡Socorro!, su último libro de cuentos de miedo publicado...*

Grrr. Arfff. Puaj. Babas verdes empezaron a deslizarse desde las comisuras de mis labios. En el estómago... ácido. La envidia me corroía el alma.

¿De modo que ella aseguraba que prefería a ese mamarracho creado con sobras humanas, alguien que parece la más extravagante propaganda de un centro de trasplantes? ¿Así que ni siquiera un breve recuerdo para mí, el campeón de lo macabro?

—¡Traicionera! —le grité entonces, como si pudiera escucharme—. ¿Acaso —de chiquita— no te quedabas como hipnotizada frente a la tele todos los sábados a la noche, cuando transmitían en Buenos Aires —y en capítulos— la tremebunda historia de mi vida? ¿Acaso no devorabas —reiteradamente— la obra de Gastón Leroux, que la narra con pelos y señales? ¿Quién era —si no— la más entusiasta consumidora de cuanto película se filmó basándose en mi tragedia?

Ah, la ingrata... De ese modo me pagaba el pánico que había experimentado gracias a mí... Yo no podía soportar tamaño olvido...

Entonces, decidí aparecerme frente a ella y exigirle una reparación del daño que me estaba causando. De lo contrario...

Esa vez sentí —con insólita intensidad— el placer de ser un fantasma, que sus ventajas tiene, claro: no me cuesta nada trasladarme a través del tiempo y del espacio...

10 *Ella se hallaba sola —en un camerino del canal— quitándose el exceso de pintura con que la habían maquillado para su presentación en el programa, que acababa de concluir.*

De golpe, me planté a sus espaldas y me quité la máscara que oculta el espanto de mi rostro desfigurado.

Me vio a través del espejo. Ignoro si tuvo conciencia de que yo estaba realmente allí o si creyó que era un producto más de su imaginación. Porque lo cierto es que —enseguida— se volvió hacia mí, abandonó la butaca y me estrechó en un abrazo, a la par que murmuraba:

—Erik... Oh, Erik... Hace tanto... sin sus noticias... ¡Y qué extraña coincidencia! Venir justamente hoy... fecha en la que conté que —pronto— se va a publicar mi nuevo volumen de cuentos de terror... y expresé mi deseo de que fuera usted quien escribiese el prólogo...

Yo no había visto el final del programa, ocupado como había estado durante esos segundos con mi vertiginosa mudanza desde Europa hasta los estudios de la emisora argentina. Por eso, su actitud y sus palabras me tomaron totalmente por sorpresa. Se me antojaba oír la más hermosa de las arias resonando en mis oídos. ¡Ella no me había olvidado! ¡Me distinguía con su cariñosa evocación y esperaba que fuera su prologuista! El ácido que me carcomía las pesadillescas tripas se transformó en almíbar.

11

Y bien; sintetizo: como mi pasión es la música, compuse la romanza cuya letra leerás a continuación, a manera del prólogo que la rubia me pidió (la melodía es un secreto, de mi corazón al de ella..., como también lo es la del texto que se me ocurrió ofrendarle —regalo sorpresa— para el epílogo).

Ella. Considero que ni falta que hará —a esta altura de mi relato— que te confirme que se trata de la encantadora y nunca bien ponderada Elsa Bornemann, ¿no?

Buah. Me toca despedirme —hasta el fugaz reencuentro de la última página— con el convencimiento de que este libro que está entre tus manos y bajo la incanjeable mirada de tus ojos ha de convertirse en un extraordinario best seller de la literatura dedicada a los jovencitos.

Prólogo

Romanza de apertura para «Queridos monstruos»

Con los pelos de punta... 13
Con la piel de gallina...
ya la noche despunta
y el horror se avecina.

De amores embrujados,
de hechos truculentos
o bien afantasmados
se trata en estos cuentos...

Historias inquietantes...
Pavorosos enredos...
Seres espeluznantes
te harán caer de miedo.

A enfrentar el espanto
que se abre la función.
(Desde ya, te adelanto:
te helará el corazón...).

14

A ajustarse el cinturón
que empieza el viaje...
Será fuerte la emoción:
¡¡junta coraje!

FIRMADO: EL FANTASMA DE LA ÓPERA

P. D.: ¡Seguro que —ahora— el que deberá
de estar trinando de celos es el Jorobado de
Notre Dame, ja!

Extraño amor

Comenzó su breve recital melódico con un car-
navalito.

15

Esa tarde, podía hacerlo tranquila porque estaba sola en casa. De lo contrario, rezongos de su mamá, protestas de la abuela y risueños comentarios del padre. Rezongos y protestas solían resumirse en una misma censura que le repetían hasta el hartazgo:

—Las niñas no deben silbar, Mila; es asunto de varones.

Los comentarios de su papá —en tanto— aludían a cuestiones ligadas con la música:

—¡Dejadla! ¡Ella se quiere convertir en la gran silbadora nacional! Cree que la van a contratar en el Teatro Colón cuando vivamos en

Buenos Aires, para que maraville a todos los auditorios con su arte exquisito...

16 Lo cierto era que Mila silbaba porque sí, cuando se sentía contenta, feliz, como ese día —por ejemplo— en el que había recibido carta de su madrina desde la Capital Federal, anunciándole su próxima visita a fin de estar presente en su cumpleaños número 13.

Lástima; no había nadie a quien contárselo... Seguro que su mamá y su abuela no iban a regresar hasta la nochecita. Habían viajado —muy temprano— hasta la ciudad de San Salvador para efectuar varias compras y algunos trámites. Faltaban pocas semanas para la mudanza y era mucho lo que había que preparar y dejar resuelto antes de partir.

El papá acostumbraba a volver cerca de la medianoche, tan sobrecargado de trabajo como andaba en esa época en que todo parecía salirle mal, aunque se ilusionaba al pensar que las cosas mejorarían una vez que se establecieran en la gran ciudad. Y tampoco había encontrado al

Chacho, su vecino y amigo del alma, al que llamó por encima de la medianera para enterarse de que estaría cazando liebres, según le informaron sus hermanitos.

—Y bueno —se dijo Mila—, por lo menos puedo silbar en paz. E inició entonces las primeras notas de *El cóndor pasa*, una de sus melodías favoritas, esa que solo podía silbar a gusto en la soledad del monte cercano a su casa, ese por donde el Chacho acostumbraba a cazar y donde a ella le encantaba pasar tantos ratos.

Desde que habían nacido, ambos vivían con sus familias en un pequeño pueblo jujeño, por lo que el conocimiento que poseían de aquel lugar casi selvático podía compararse al que cualquier chico porteño tiene de la plaza de su barrio... La madrina —cuya carta había desatado la alegría de la nena— también era oriunda de ese pueblito, pero estaba radicada en Buenos Aires. Y era ella la que había convencido a la familia de Mila para que también se trasladara a fin de tentar suerte más

propicia. En la capital —les decía— hay más oportunidades de conseguir un trabajo que rinda económicamente...

18 La joven era fotógrafa de revistas de turismo, muy cotizada en su medio, considerada excelente por sus colegas, la mayoría varones. Por eso, Mila escuchaba con mucha atención sus opiniones y hasta —a veces— se atrevía a rebatir las de su mamá y abuela repitiendo —como propias— algunas de las de su queridísima madrina. Sobre todo, las que se relacionaban con su afición por silbar...

—Silbar significa agitar el aire produciendo —precisamente— este sonido agudo —afirmaba, silbando con picardía—. Resulta de hacer pasar con fuerza el aire por la boca con los labios fruncidos... así... como me gusta a mí... o con los dedos colocados en ella convenientemente, de este modo, ¿ven?, pero no me sale... o soplando con fuerza en un cuerpo hueco... por ejemplo, el conocido pito, por nombrarles algún elemento que sirve para eso... ¿Es un

pecado? ¿Me pueden explicar por qué no deben silbar las mujeres?, ¿eh? —insistía.

Ante semejantes razonamientos, la mamá y la abuela solo atinaban a responderle «porque no». Y «porque no» también le contestaba Chacho, a quien la personalidad de Mila le atraía intensamente. Salvo por ese hábito de silbar, todo en ella le parecía encantador.

19

—Buah —le decía Mila—, estás hipnotizado por una educación de otra época, nene. Si te parece insoportable, no me oigas y listo. Con taponarte con algodones...

Diciembre llevó a Jujuy las vacaciones escolares, el cumpleaños de Mila y —por fin— también a su esperada madrina.

—¡Qué manera de malcriar a tu ahijada! ¿Quién la conforma, después? —le dijeron la mamá y la abuela de la nena, cuando vieron el regalo que la joven le había comprado en Buenos Aires—. ¡Nada menos que una máquina de fotos!

—Hace tiempo que se la había prometido...

—¡Es totalmente automática! ¡Y tiene control remoto! —exclamaba Mila al borde de la euforia—. ¡Puede sacar fotos por sí sola; aquí, en el folleto, indica cómo! ¡Es extraordinaria! ¡Gracias, madrina; gracias!

Y con un silbidito remarcó su profunda alegría.

20 Aparte de la cámara, la chica recibió tres rollos en color de 30 tomas cada uno.

El primero lo usó casi por entero para retratar a su familia y a todos los amiguitos que la acompañaron en el festejo de sus 13.

En especial, a Chacho, porque andaba algo melancólico el pobre. ¿Qué le pasaría?

Bajo la supervisión de la madrina, Mila pronto aprendió a manejar aquella maquina y cuando —días después— la joven viajó a Salta para realizar la producción fotográfica que le había encargado una de las revistas de la capital, el aparato ya no guardaba secretos para su ahijada.

—¡Vas a ver, madrina; cuando vuelvas dentro de dos semanas, ya habré fotografiado medio monte!

—Ah, pero —para entonces— también deberás tener tu equipaje preparado para la mudanza, Mila, y si no ayudas un poco con el embalaje de las cosas de la casa, tu mamá me hará responsable a mí... Hay mucho para empacar...

—¡Y mucho para fotografiar, madrina!

Cuando Chacho escuchaba estos comentarios casi no podía disimular la tristeza. La partida de Mila rumbo a Buenos Aires estaba cada vez más próxima. Ya no iba a verla a diario y —quizá— nunca de nuevo. Aunque ella le decía que sí, que no dramatizara la separación, que le iba a escribir, que haría visitas al pueblo de tanto en tanto...

—No voy a olvidarte, zonzo —trataba de consolarlo, aunque sin éxito—. ¿Soy tu mejor amiga o no?

«Ahora tendría que confesarle que —para mí— es muchísimo más que mi mejor amiga...», pensaba él, «... que la sueño como... como si fuera mi novia... Pero... ¿y si se enoja? ¿Si se ofende y no me habla más? Mila es brava...